



COSECHA DEL TREINTA Y SEIS DÍAS ÚNICOS

David Alonso Montes



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2020

Depósito legal: AL 1850-2020

ISBN: 978-84-1374-177-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David Alonso Montes

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Ana Abril Fernández

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.



*Lo que llevé a cabo movido por la ira
creció con ímpetu de la noche a la mañana,
mas no perduró en la lucha con los elementos.*

*Lo que sembré movido por el amor
germinó con firmeza y maduró pausado,
y gozó de la bendición del cielo.*

PETER ROSEGGER

Más que capítulos, este relato avanza a través de estaciones, con peldaños de la memoria, con episodios que son retazos y momentos evocados por la huella de la vida de mi padre en mí. Las vuelco en el papel como piezas de un puzle sobre la mesa, recuadros de un mapa que intento descifrar. Mis palabras son parte de un legado, solo pretenden acercarme a mi padre y acercar su vida a la familia que quiso tanto y en la que sigue estando tan presente.

ÍNDICE:

1. Echarse a la vía	13
2. Un cisne negro	19
3. Oliver Chotis	29
4. Charo Taylor	37
5. Camisa nueva, camisa vieja.....	47
6. Mi padre a un metro de distancia	55
7. De sus manos, el orgullo.....	69
8. Hay que saber tenerlas.....	73
9. Vas para ministro.....	77
10. Viaje al norte.....	81
11. Me sigue mirando así.....	87
12. Tengo la sensación de haberlo soñado.....	95
13. El verbo se hizo carne	101
14. Tú comiendo de restaurante y yo sin salir del bar.....	107
15. De hospital a hospital, de enfermo a abuelo.....	113
16. Días únicos.....	119
17. Viaje a la semilla.....	127
18. Mi vida sin ti.....	137

I. ECHARSE A LA VÍA

Siempre pensé que este libro, si al final llegaba a escribirlo, comenzaría por la historia del tren. No recuerdo a mi padre contándola, mas sí a mi madre relatando partes de la misma, como si ya la conociéramos de siempre, y añadiendo tal vez algún detalle nuevo. Mi padre asentía, casi siempre con un gesto simple, girando la cabeza y subiendo las cejas, algo así como «no hay nada más que decir, así son las cosas, o así soy yo». Sin darse importancia, más como un rasgo del carácter.

Debía tener cuatro o cinco años, desde luego menos de seis calculando la edad del segundo matrimonio de mi abuela paterna, su madre. Vivía en Los Molinos con sus tíos y le llevaron casi a rastras a Collado Mediano, donde su madre y su padrastro se acababan de casar e iniciaban nueva vida. Cuando se vio en la casa extraña, en una vida ya huérfana y con desafectos, imagino que sintió que allí no pintaba nada y que aquello no era su hogar, así que en la primera ocasión que tuvo se escapó para regresar de nuevo a Los Molinos. Volvió de la única manera que supo, siguiendo la línea de tren de los casi seis kilómetros. Así que se echó a la vía y llegó a la casa de sus tíos, lo más parecido que tenía a un hogar, con el tío Luis que fue lo más parecido a un padre. Creo que durante toda su vida tuvo esa determinación, esa fuerza convertida en acción, en empuje e impulso, esa decisión con la marcha puesta y el paso decidido, una voluntad arrolladora. Toda su vida tuvo como meta llegar a un hogar, el que no había tenido,

el que había anhelado desde que naciera. He pensado muchas veces en ese tiempo de caminata de mi padre niño, lleno de rabia y de decisión. Esos pasos, pequeños necesariamente, forjaron una forma de ser, de echarse a la vida. Mi padre toda la vida estuvo recorriendo esa vía de tren, estuvo dando pasos decididos con la decisión de acero de llegar a un hogar, de ir a buscar los abrazos y la confianza plena. Lo hizo de niño y seguía cada día echándose a esa vía que terminaba en un hogar.

Nació en una casa refugio de Becerril, no sé exactamente cuál es, seguro que ya no existe como fue, pero he pasado por esa esquina del paseo San Sebastián, donde está el restaurante Las Terrazas, miles de veces. Becerril se convirtió en un refugio para evacuados de los pueblos de la sierra mientras el pueblo vivía también convulso sus propias *vendettas* al estar próximo al frente del Puerto de los Leones. Fue el nueve de octubre de mil novecientos treinta y seis. Lo escribo como la cifra, pero en mi cabeza la imagen que me viene es en números romanos, IX-X-MCMXXXVI. Mi hija Laura tiene tatuada la fecha en su tobillo derecho. Ese tatuaje era un reto compartido que íbamos a hacernos los dos y todavía no me he puesto en camino. Se lo debo, me lo debo, también a mi padre. Laura tiene ese empuje que hace falta en la vida para echarse a seguir la vía del ferrocarril. Mi tobillo todavía está desnudo, vacío, mudo, hasta que lleguen esas once letras que indican la fecha de nacimiento, la de mi padre, en parte la mía, también yo he nacido ese día y de alguna manera también cumplo en esa fecha.

Nació en un pueblo de la sierra madrileña asediada por las tropas franquistas, entre el miedo y la miseria, entre el hambre y la metralla. No creo que llegara con ningún pan debajo del brazo porque ese bien, de haberlo, estaba del otro bando. Menudo año para nacer. Nació tras un verano abrasador de calor, se incendiaron las cabezas y las empuñaduras de los fusiles, se quemaron los cuchillos y se pusieron al fuego los odios. España prendía de odio y rabia, y a mi padre le daba por nacer tras un verano abrasador.

Su padre, también Gregorio, fue fusilado en otro verano, el veintitrés de junio de mil novecientos treinta y nueve. Tenía tan solo dos años, menuda edad y menudo tiempo para quedarse huérfano en una España cainita y pródiga. Sí, ya había terminado la guerra y entonces llegó la victoria. El tiempo donde los ganadores hicieron su particular desfile y su peculiar limpieza. Era albañil mi abuelo, metido a concejal ya en tiempo del golpe, creo que, en gran medida por casualidad, por compromiso y supongo que animado por su cuñado que fue alcalde de Los Molinos y que tenía mayor vinculación y trayectoria política. Sin pretensiones políticas, aunque con el carné de la UGT y con una vida humilde segada por la sinrazón. No recuerdo a mi padre hablarme de él, no creo que recordara ninguna anécdota que le hubieran contado, y, si la recordaba, se la guardaba para él. Lo peor no es que impusieran una historia oficial en los libros de texto escolares, lo peor no es que inauguraran monolitos y letreros en las calles y plazas de los pueblos para reconocer a unos frente a otros, a unos sobre otros, lo peor es que entraron en las mentes, en las vidas, en las rutinas cotidianas. Tapiaron las ventanas a la memoria, requisaron los recuerdos y cancelaron el pensamiento propio. Creo que mi padre, supongo que, en defensa propia, se autocensuró en gran parte de su vida. Para vivir, para sobrevivir. Para aguantarse dentro el dolor y la rabia, tragar y tragar saliva para poder respirar. Lo peor desde luego, más incluso que la herida, más que la furia y la ira, más que el verano abrasador y la guerra, y más inhumana, fue la humillación de años, de días tras días, de saludos y desfiles; fue la bota en el cuello, más que el golpe seco, más atroz fue el galopar de años de sometimiento para que no creciera ni una brizna de esperanza. No le preguntaba a mi padre sobre ese tiempo, no lo hice; desde el lado de la pérdida y la tristeza, me pareció siempre que mi padre llevaba todavía la herida abierta en el pecho, cosida, pero sin cicatrizar del todo.

Hice COU el año previo a la universidad, en 1989, cumpliéndose cincuenta años del final de la Guerra Civil. En un año mági-